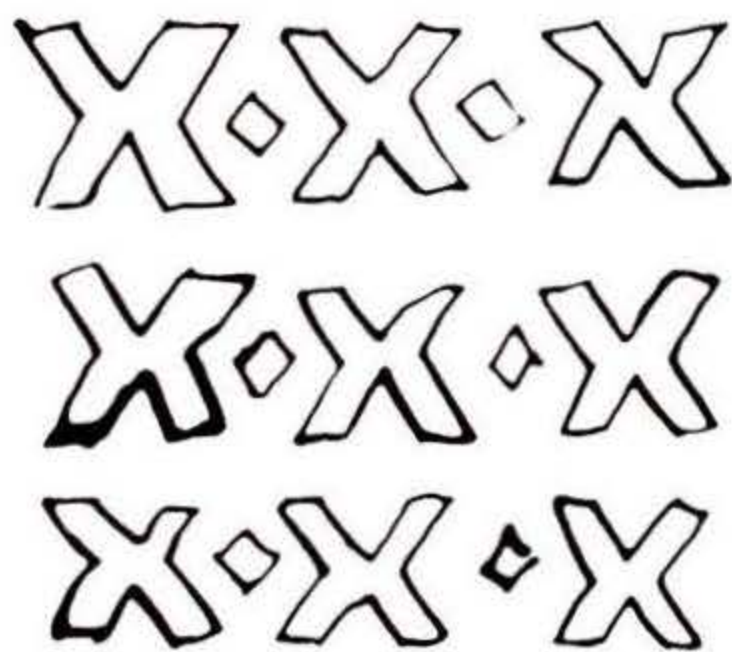


La última parte del libro nos regala una curiosidad que linda lo patético y pone de presente la incurable estupidez de nuestros políticos. Ante un artículo justo y sensato de A. Torres Rioseco sobre la literatura colombiana en 1923, salta a la palestra Laureano Gómez, investido *motu proprio* en paladín de nuestros valores más provincianos para demostrarle al crítico chileno su ignorancia. Quería el señor Gómez entronizar la aldea bogotana en la triste escala arquitectónica de cartón piedra que la excesiva bondad de un turista llamó Atenas sudamericana, y para ello echó mano de una erudición de anuario municipal pletórico de poetastros y figuras de tercera línea, hoy inmencionables siquiera. Al furibundo político se le acabaron los denuestos contra quien, de forma por demás generosa y lúcida, intentaba trazar en el exterior un balance que, curiosamente, hoy resulta plenamente válido sobre nuestros autores más representativos. Y muchos años después del dicterio del líder conservador, el crítico, apoyándose en un texto de R. Maya, vuelve a suscribir lo dicho en su momento, con lo que la pedestre *paideia* del caudillo consigue sumir-



nos en algo que dentro del país pasa inadvertido pero que fuera de él suele llamarse vergüenza ajena. En el esquema de tal polémica, Silva es la gran figura con la que inicia y termina Torres Rioseco su sustancial aporte: para Laureano Gómez, Silva no es más que un pretexto para salpicar de bilis totalitaria la visión objetiva de todos aquellos que, como Torres Rioseco, por lo menos se preocupaban por buscarle un espacio continental a nuestros valores más auténticos.

R. H. MORENO-DURÁN

Un rescate del olvido

Lo mejor de Efe Gómez

Clarita Gómez

Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 1987

Un escritor de la "Antioquia Grande" presentado y explicado al público por su hija: el caso, que podría emparentarse, con rigurosa melancolía, a tantas situaciones de favoritismo filial en nuestra vida política y hasta en la farándula, tiene, sin embargo, aquí un perfil límpido y lúcido. Hay, también, algo de apropiado en que la hija de este escritor, miembro de una cultura que privilegió la progenie hasta los desmanes aritméticos, lo rescate ahora de las márgenes del olvido relativo en que la literatura de Efe Gómez ha venido a parar.

Un escritor presentado y explicado al público por su hija: paralelo obvio es el de Mirta Arlt, compiladora y explicadora de las *Obras completas* de su padre. La asociación, desde luego, no es gratuita. Pues, como Clarita Gómez lo indica en el estudio que precede la antología, la obra de Efe Gómez, en cierta manera, prefigura aspectos (o es paralela a ellos) de lo que las letras del continente vendrían a producir. La compiladora establece ciertas similitudes con la obra atormentada del atormentado Horacio Quiroga, y adjunta que, además, y como Quiroga, Efe es uno de los fundadores del género cuentístico en la literatura del continente (no olvidemos que su primera producción se remonta al ya lejanísimo año de 1896). Vistos desde otra óptica, los cuentos de Efe ofrecen semejanzas en su sentido con la obra de Onetti: constatar la ruina y la futilidad de cualquier acción humana; el autoengaño que depara toda ilusión; el continuado esplendor de la derrota en un mundo en el que no hay solidaridad, excepto la que el alcohol brinda a la desolación de los hombres en un universo de lobos. Quiroga, Arlt, Onetti: proceloso trío sureño al que podemos asociar parte de la producción

de Efe, no toda. Y esto, por su sentido, no por su factura, que ya es otra cosa. Como lo percibe de manera acertada la prologuista, muchos de los giros idiomáticos propios de Efe están ahora fechados con telarañas. Clarita Gómez menciona, entre las más evidentes de estas convenciones artificiosas, aspectos como "las interpolaciones discursivas", es decir, los comentarios editoriales en los que los narradores juzgan lo que hacen los personajes; el "manejo especial del diálogo", según el cual los personajes de Efe —de acuerdo con su hija— hablan en forma muy cultorana y elaborada, incluso a aquellos cuya condición desmiente el uso de tal lenguaje. Como ejemplo de esto, se cita el caso del cuento *Colonial*, en el que, al adoctrinar a un indígena, un misionero suelta un discurso donde aduce que:

si la lujuria llega a aposentarse en nuestro ser, como es monstruo insaciable que tiene sed hidrópica y hambre de chacal ayuno, beberá nuestra sangre, devorará nuestras carnes, triturará nuestros huesos, hasta chupar su postrer médula [pág. 34].

Además, el uso repetido de procedimientos retóricos que ya hace tiempo han llegado a ser anticuados. Ejemplo de esto es lo que la prologuista denomina "inversión del pronombre personal y el verbo". Casos como "difundióse por el rostro divino de Isabel...", "la alusión fue la poseyendo...", y otros muchísimos donde, en verdad, lo que se invierte es el pronombre de complemento y no el pronombre personal. El abuso del hipérbaton sería, según Clarita Gómez, otra falla del escritor antioqueño que contribuye a envejecer su escritura: "cadenas en los extremos de garrotes puestas". No hay que olvidar, sin embargo, que todos estos cultismos y pseudocultismos eran esperados de los escritores en la cultura colombiana de entonces. Un caso extremo es el de Vargas Vila, contemporáneo de Efe Gómez.

En la presentación que hace Clarita Gómez, hubiera sido muy deseable poder encontrar una elabora-

ción más convincente de por lo menos dos cosas: lo que diferencia la literatura de Efe Gómez de la "gran" literatura antioqueña (es decir, del realismo y antimodernismo de Tomás Carrasquilla), en primer lugar. En segundo, una formulación más detallada de lo que es el "humor" en Efe, especialmente en vista del carácter trágico de la mayor parte de las narraciones que componen esta antología. Podemos no albergar dudas acerca del ingenio, del "arte mágico de conversador", de la agudeza humorística del Efe Gómez real. Pero otra cosa es hallar esto en los cuentos presentados en este volumen.

Quedaría también por dilucidar otro aspecto importante en la obra de Efe: sus críticas a la ética antioqueña de la "verraquera", ahora tan mordazmente puesta en entredicho en la obra de Fernando Vallejo. Los apuntes preliminares de la antologista dan algunas indicaciones respecto de la crítica de Efe a la filosofía de la vida de sus paisanos, que alguien definiera con dos preguntas: "¿cuánto vale?" y "¿cuánto me rebaja?", aplicables a todo, menos al *aguardientico de mi Dios*. En el cuento titulado *La tragedia del minero* se narra cómo unos buscadores de oro, "embobaos con todo el amarillo que hay en ese güeco" (la mina), no se dan cuenta de que uno de sus compañeros ha quedado atrapado. La lenta y horrible muerte del minero es presentada así como la consecuencia de un pragmatismo desafortunado. Que si esto es una característica genérica de la humanidad, ya es punto de discusión. Pero esta sospecha se ve peligrosamente reforzada por circunstancias como las narradas en *El paisano Alvarez Gaviria*, cuento en el que se ilustra la rapacidad a que puede conducir esa filosofía de la vida: con el fin de apoderarse de una fortuna ganándose el corazón de una rica heredera, Alvarez Gaviria finge un heroísmo histriónico que le alcanza el fin calculado. La endebles moral de este personaje le tiene sin cuidado a él mismo, y aun hace alardes de ello a un ocasional interlocutor, en una inolvidable instancia de cinismo. "¡La ideología son vacas!", dice un personaje en

otro cuento, significando así lo primario de las consideraciones pragmáticas.

Por último, observamos algunos asuntos que una posible reedición de esta obra debería incluir. Al ser publicada por una editorial universitaria, una antología como ésta debería indicar las fechas de escritura de los textos, con el fin de rastrear una posible evolución en el escritor. Es un aparato editorial de muy fácil satisfacción, y que le da mayor relieve crítico a una antología: suministrar los datos editoriales o la bibliografía primaria y secundaria del autor antologizado. Con todo, éste es un volumen útil y decorosamente presentado, que contradice recientes críticas a las publicaciones de la Universidad Nacional. Un libro que, como concluye la prologuista en su estudio introductorio, ayuda de veras a aclarar las características de una obra "en parte desconocida y con frecuencia malinterpretada", pero importante en nuestro proceso literario.

GILBERTO GÓMEZ OCAMPO

Guerra santa a las computadoras

Tras las rutas de Maqroll El Gaviero
Varios autores

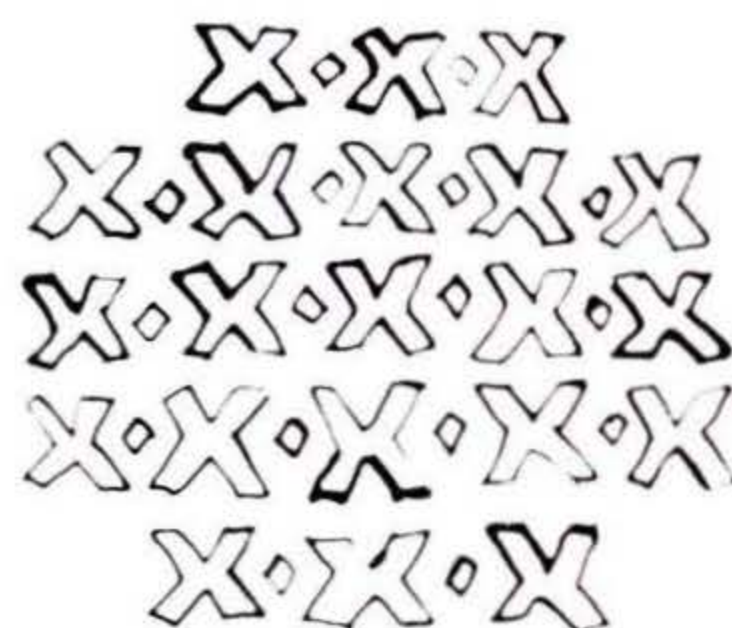
Edición a cargo de Santiago Mutis Durán,
Proartes/Revista Gradiva, Cali, 1988

Hay escritores que tienen una soberana mala suerte con los editores a secas. Pienso de inmediato en Julio Ramón Ribeyro, a quien no sólo le cambian los títulos de sus libros sino que incluso han llegado a identificarlo como un conocidísimo dramaturgo africano (eso le ocurrió a una foto suya en una antología "universal").

El epígrafe de *Los emisarios*¹ de Alvaro Mutis reza de la siguiente manera: "los emisarios que tocan a tu puerta, / tú mismo los llamaste y no

lo sabes". Pero en el primer tomo de su *Obra literaria*² hay una errata magistral que altera la belleza de esos versos —atribuidos, por cierto, a un poeta sufi de Córdoba— a la par que les da un sentido distinto y peculiar: "Los emisores...".

Ese sentido nos interesa porque los emisores han ido tomando poquito a poco las páginas que en un momento pertenecían con exclusividad al poeta. Mutis le cede la posta al Gaviero, y los comentadores "traducen" los gestos de Maqroll para concluir que también son los de Mutis.



El libro que nos concierne es la continuación de los dos tomos de *Obra literaria* y también del volumen que inició la serie: *Poesía y prosa*³. Es más, varios de los estudios en el presente libro —amén del fragmento "El último rostro", un relato del autor— provienen del segundo tomo de 1985. Y el poema de Enrique Molina, *Crónica de un encuentro con Maqroll el Gaviero* (pág. 11), ya integraba la edición de 1982. Estos y otros pormenores nos llevan a dividir nuestra nota de lectura en dos partes, una dedicada a los problemas de la edición (a sus *emisores*, entonces) y la otra a comentar varias ideas expuestas por Alvaro Mutis en las entrevistas.

I

En una antología titulada *Poetas españoles poscontemporáneos*, José Batlló puso una nota aclaratoria que ahora nos servirá para demostrar cómo un editor está casi obligado a

¹ Alvaro Mutis, *Los emisarios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

² Alvaro Mutis, *Obra literaria, t. I: Poesía (1947-1985)*, Bogotá, Procultura, 1985, pág. 133.

³ Alvaro Mutis, *Poesía y prosa*, Bogotá, Biblioteca Básica Colombiana, 1982.